

JOAQUIN COSTA el pundonoroso

josé luis cano

© José Luis Cano

© Xordica Editorial

Diseño y maquetación: Xordica Editorial

Apartado de Correos 1536
50080 ZARAGOZA
www.xordica.com

Depósito Legal: Z-230-2011 ISBN: 978-84-96457-71-3

Impreso en INO Reproducciones, S.A.

Introducción

Muchas gentes, al oír hablar de Joaquín Costa, de cuya muerte se cumplen cien años el 8 de febrero de 2011, se preguntarán quizá por qué un siglo después de su desaparición sigue presente con fuerza, atractivo, impacto. En Aragón –y, curiosamente, también en otros muchos lugares de España—abundan centros educativos, calles y plazas, unos cuantos bustos, y hay de él una curiosa consideración: el imaginario colectivo le tiene por un sabio de largas barbas, una figura imponente, alguien que luchó contra el malgobierno de la Restauración, que gritó exigiendo regadíos para el secano. Si preguntamos algo más, quizá esas gentes miren desconcertadas: se sabe poco más, a nivel popular. Quizá, en el mejor de los casos, que estudió mucho y publicó libros importantes, como Oligarquía y caciquismo, y Colectivismo agrario y sobre muchos temas de Derecho, Economía, Historia, Antropología, Etnografía, Lingüística, y otras mil cosas.

Me parece un gran acierto que, justo cuando se cuentan veinte números de esta deliciosa colección Xordiqueta, de la tan meritoria editorial Xordica, se destine un título a Costa, sumándose con esta entrega a los congresos, encuentros, exposiciones, ediciones de libros y otros actos con que, sobre todo en Aragón pero también en la capital de España y en otros lugares, se conmemora y revisa esta tan importante figura de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX.

Es esta una colección muy valiosa, por cuanto, además de unos dibujos originales y divertidos de José Luis Cano, genial artista de trazo moderno, eficaz y siempre irónico, su texto recoge los hechos e ideas principales de cada

uno de los personajes biografiados en un tono ameno, sencillo, sobre todo si sus destinatarios lectores son niños, adolescentes, gentes no muy dadas a leer libros gruesos y sesudos... y, por qué no decirlo, adultos que disfrutamos de este trato divertido, cariñoso y confiado, respetuoso con los hechos establecidos pero menos con el halo de veneración que a veces distancia y hace raros y lejanos a los grandes hombres y mujeres estudiados. En este caso, Costa es tratado, en mi opinión, como ese abuelo cascarrabias entrañable, al que el nieto caricaturiza pero adora.

No me parece, pues, irreverente el tono adoptado con nuestro gran patricio que, si bien tuvo muchos problemas —económicos, de salud, de incomprensión social, de persecución ideológica, de rechazo en la Universidad— se quejó siempre mucho de los males de España y poco de los propios. Entiendo, más bien, que Cano quiere, rebatiendo algunos ataques a sus lamentos, ironizar sobre aquéllos. Su biografía fue atormentada, pero en sus últimos años le admiraron en toda España, y a su muerte se alzó un clamor por quien había luchado con todas sus fuerzas por regenerarla. Además, posiblemente su obra y su pensamiento, sus manuscritos y cartas, hayan tenido al fin y a la postre el más documentado archivo y estudio de entre todas las grandes figuras de su tiempo, como en este año 2011 vamos a poder comprobar.

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE



Nota del autor:

Todas las frases que pronuncia don Joaquín Costa en este librito han sido tomadas de sus textos al pie de la letra.

Sin embargo, debo advertir que no aparecen las más famosas: «Escuela y despensa», «Europeizar España», «Cirujano de hierro» o «Doble llave al sepulcro del Cid». Tampoco aparecen las que utilizan palabras como «regeneracionismo» o «palingenesia», cuya definición, de todas formas, aparece en el Glosario de la página 42.

No hay ninguna referencia a Costa como «el león de Graus», «el solitario de Graus», ni nada por el estilo.

Y, desde luego, tampoco encontrarán ustedes los juegos de palabras con el apellido «Costa», que tanto gustaban a los humoristas de su época.

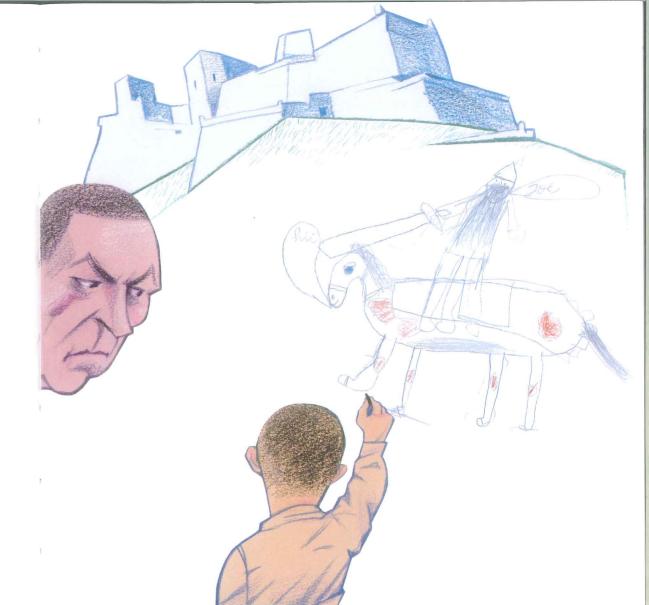
El padre de Joaquín Costa se llamaba Joaquín Costa pero todos le llamaban «El Cid». Nació en Benavente de Aragón, dotado de una inteligencia descomunal y de un pundonor desaforado. Era el campesino más puntilloso vistiendo el traje típico y el más letrado sobre derecho consuetudinario de la Montaña. La gente que le pedía consejo se quedaba anonadada por su inteligencia, por su elegancia y porque, si habían venido de muy lejos, les daba unas perricas para que no les resultara muy cara la visita.

«El Cid» se casó dos veces y de su segundo matrimonio con María Martínez Gil nació Joaquín Costa Martínez. Lo único que sabemos de María Martínez es que su hijo no la nombraba nunca.

Joaquín Costa Martínez nació en Monzón, el 14 de septiembre de 1846, dotado de una inteligencia descomunal y de un pundonor desaforado. De pequeño pensó que había salido a su padre y no le dio mayor importancia. Gracias a eso, Costa recordaba los años en Monzón como los más felices de su vida.

Por tanto, no es cierto que, como dicen algunos, Joaquín se diera a entender desde pequeño y que sus primeras palabras fueran: «¡Cuán triste debe ser la suerte del solterón!».

Ya se sabe que no hay que hacer demasiado caso a los costistas porque siempre hablaban obnubilados por su devoción al Gran Hombre.



La familia de Joaquín era tan pobre que Monzón se le quedaba grande y en 1852 tuvo que emigrar a Graus.

Lo que para cualquier niño habría sido motivo de jolgorio y cachondeo, para un niño tan pundonoroso como Joaquín resultó un auténtico calvario. El pobre niño recorría el pueblo entero buscando los pocos libros que allí había con el frenesí de un bibliófilo, localizando sitios donde esconderse a devorarlos con ansia desenfrenada —a salvo de las pedradas de sus amiguitos y de los mandados de su padre— y haciendo mil aspavientos culturales más sin que ningún vecino del pueblo se diera por enterado.

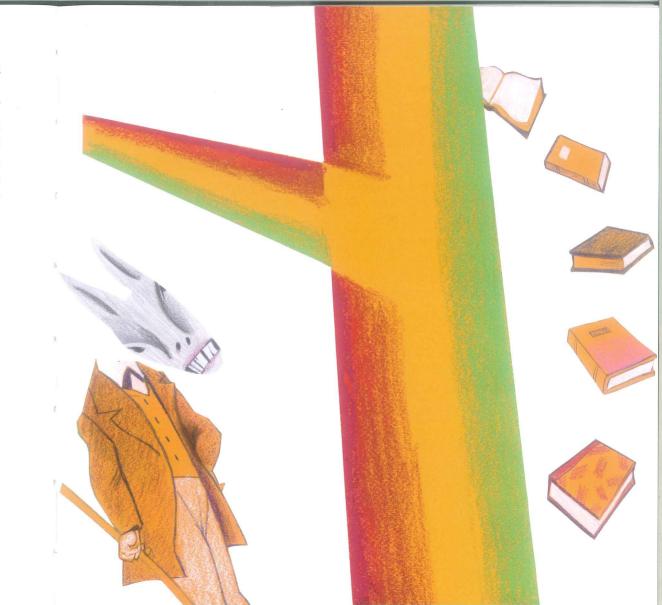
-¿Por qué no soy observado y tomado en consideración? -se preguntaba dolido y sorprendido.

Es cierto que sus amigos le llamaban «fraile» por su afición a los libros y sus familiares «afanoso» por cómo comía para enfrascarse de nuevo en la lectura; es cierto que su maestro, don Julián, aunque le cruzara la espalda con la vara como a todos sus alumnos, lo tenía por un buen estudiante... Pero también es verdad que un día le hizo la pregunta del aragonés, que pregunta lo que ve:

- -¿Qué te haces, Joaquinón?
- -Llevar un serón de fiemo al campo.
- -¡Si con burros vas, burro serás! -sentenció don Julián.

Joaquín no respondió nada pero luego le decía al burro:

-¡Que tenga que beber hasta las heces el cáliz de la amargura...!



Desesperado, aburrido, completamente hastiado, Joaquín ya no sabía si marcharse a estudiar a Zaragoza o a morir en la guerra de Santo Domingo. Su padre le dijo:

- Ni a Zaragoza, ni a la guerra, ababol. Tú, de criado con tu tío
 Hilarión, que te dará casa y comida.
- —¿A Huesca, yo? ¡¿A mendigar a Huesca...?! ¡Mal rayo me parta! Pero acabó en Huesca y, para más inri, trabajando como cochero de don Hilarión. El pobre Joaquín, con el pundonor a la altura del barro, le confesaba al caballo de su tío:
 - -¡Cuántas humillaciones, súplicas y abajamientos!

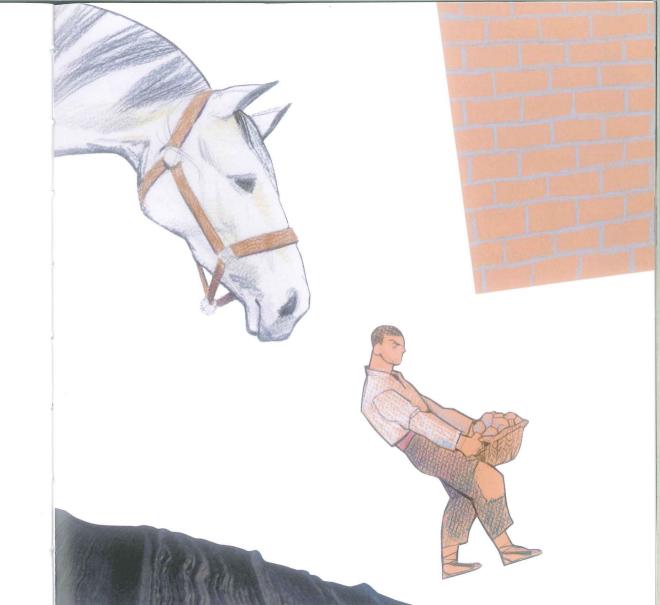
Un mal día, empezó a fallarle el brazo derecho y no pudo uncir el caballo al coche. El tío Hilarión, haciéndose cargo de su sufrimiento, le rebajó de cochero a peón de albañil y le dejó que aprendiese a fabricar jabón para sacarse un sobresueldo.

Costa, por la noche, se dedicaba a estudiar para maestro. Empezó con 18 años, en el Instituto General y Técnico de Huesca, y al año siguiente ya daba clases de latín, castellano, aritmética y dibujo.

Pero como era tan pundonoroso, se mortificaba pensando:

—Conozco que no sirvo para estudiar... Me turbo cuando he de hablar delante de personas cultas... Soy un desdichado.

Y, a continuación, se ponía a trabajar en su tratado de agricultura o en su diccionario francés-español o escribía un discurso para el Ateneo o unos cuentos o unos artículos o unos ensayos...



Joaquín se presentó a una plaza de «Artesano observador» en la Exposición Universal de París de 1867 y la consiguió gracias a las recomendaciones del tío Hilarión y de sus amigos mandamases.

En París se dio cuenta de que ni España ni él tenían tiempo que perder si querían hacer algo de provecho. Así que visitó la Ciudad en un par de días y se puso a trabajar a destajo. Entonces se dio cuenta de que debía de ser el único español pundonoroso del Comité, porque era el único que se tomaba en serio sus obligaciones. Los jefes, ni aparecían.

—¡En qué manos está colocada la gloria de la nación! —exclamaba atónito, mientras desembalaba las muestras de los expositores.

Y encima, claro, tenía que aguantar sus impertinencias:

—Porque uno es tan sólo de 21 años, porque uno no tiene posición social, porque uno no tiene oro, que si no...

Durmiendo solo cuatro horas, sacó tiempo para empaparse de novedades, tratar con sabios y emperadores, aprender a montar en velocípedo, acordarse de Pilar (¿qué Pilar?) y coleccionar semillas para cultivarlas en Aragón y completar su tratado de agricultura.

Entre unas cosas y otras, casi se le fue la cabeza y gritaba:

—¡Mi ambición me ciega! ¡Soy de 21 años y quiero saberlo todo! ¡Pero imposible, imposible! ¡Es el «yo» tan inmutable!

Encima, fue declarado inútil para el servicio militar a causa de sus dificultades para mover el brazo y aún se reconcomía más:

-¡Infame atrofia! ¡Triste suerte la mía!



Cuando Joaquín volvió de París, su tío Hilarión quiso meterle en sus negocios. No tenía alternativa pero se rebelaba diciendo:

-iQue yo, en mis 21 años, en toda la fuerza mayor de mi imaginación ardiente, en el desarrollo activo de mi inteligencia, consuma todo el día sin leer un libro ni escribir una línea para ganar un jornal!

Afortunadamente, los negocios fracasaron, Joaquín se fue a Madrid con dos duros y tuvo la suerte o la desgracia de encontrar trabajo como profesor en un colegio. A Costa le gustaba enseñar pero a los niñatos de su clase no les gustaba aprender:

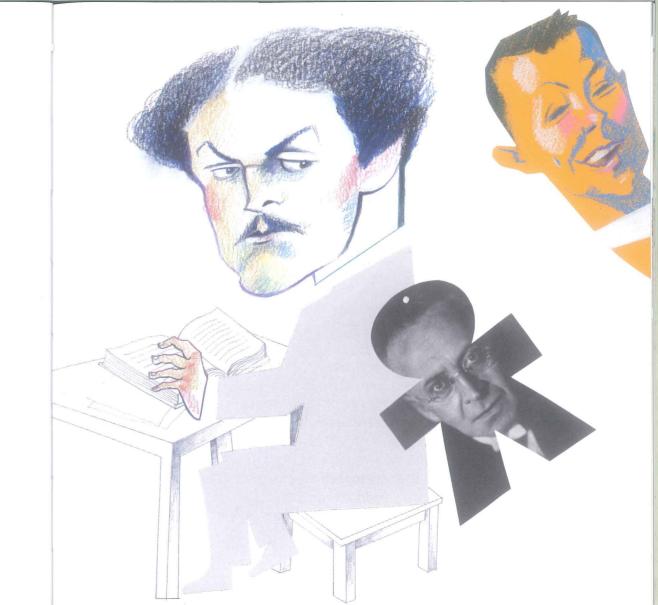
—Si los alumnos supieran cuánto hondo penetran sus majaderías y malos instintos... El mejor día cometeré, sin poderlo remediar, una imprudencia: saldré del colegio emprendiendo a bofetadas a algún alumno –confesaba el pundonoroso profesor.

Costa empezó a distanciarse de su tío Hilarión, que era carlista, y de su tío Salamero, que además de carlista era cura, porque se hizo republicano y krausista (racionalista armónico, para entendernos).

A fuerza de estudiar por las noches, consiguió aprobar el bachiller:

—Puedo decir que ya soy Bachiller en Artes. ¡Ya! ¡Gran ganga, gran ganga, soy de Teherán! ¡Y con 23 años! ¡Y con dineros prestados! ¡Ira de Dios! ¡Rabia impotente! —se lamentaba viéndose tan mayor, tan pobre y tan desorientado.

Hizo planes para ser profesor en Filipinas, fraile benedictino en Francia, suicida en España... Todo fueron fracasos.



Al año siguiente, consiguió dinero para matricularse en algunas asignaturas de las carreras de Derecho y de Filosofía y Letras y cumplió el anhelado sueño de entrar en la Universidad.

Joaquín no hacía más que estudiar y estudiar y algunos amigos le suplicaron que fuera un poco más sociable.

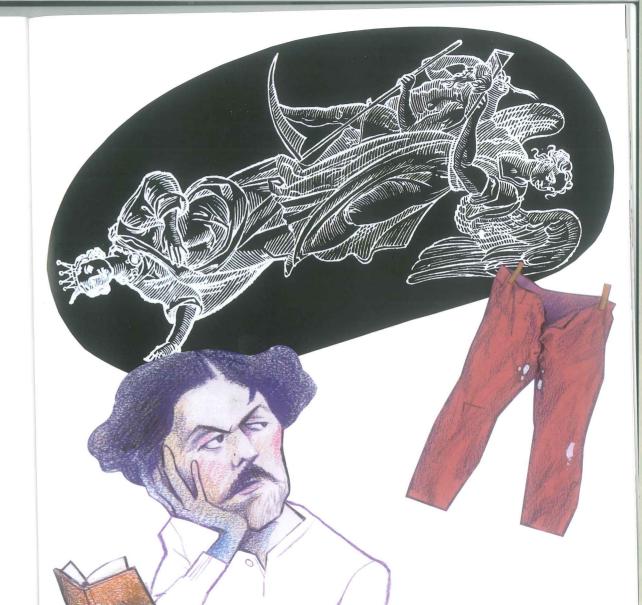
 $-_{\rm i}$ No lo conseguirán, vive Dios! $_{\rm i}$ No lo verán, a fe mía! $_{\rm respondió}$ como si le hubieran tirado un gato a la cara.

La verdad es que su sueño universitario casi se había convertido en una pesadilla: era tan pobre que muchas veces no podía salir a la calle porque tenía el pantalón lleno de agujeros y dos botas heredadas y del mismo pie, o porque no tenía ni camisa, ni calcetines ni calzoncillos... En invierno no es que no saliera de casa, es que no salía ni de la cama para no congelarse.

Además, su enfermedad avanzaba lentamente y la atrofia del brazo empezó a bajarle por la espalda y a subirle por el cuello. Gastó lo que no tenía en médicos y acabó maldiciéndose a sí mismo:

—¡Maldito, maldito el día en que se dijo: varón ha sido concebido! Para ganar algún dinero, publicó artículos, se presentó a todos los premios literarios, hizo traducciones, pidió ayudas a los pocos amigos y parientes con los que no se había enemistado a causa de sus ideas y su pundonor...

Pero en cuatro años acabó las dos carreras, aunque tuvo que esperar para sacarse los títulos respectivos porque no tenía dinero para pagarlos.





Marcelino Menéndez Pelayo

Justo entonces se restableció la monarquía y se dictó un decreto para impedir que llegara a catedrático quien tuviera unas ideas tan krausistas como las suyas:

—¡Pero qué criatura más desventurada soy yo! ¡Siempre llego tarde a todo! —decía, mientras se preparaba para presentarse al premio extraordinario de Filosofía y Letras, al que también se presentaba Menéndez Pelayo, famoso ultramontano que consiguió ganarle sin ni siquiera ceñirse al tema que les habían exigido. Costa protestó ante el tribunal, ante el rector y ante el Ministerio de Fomento pero no le sirvió de nada.

Después hizo oposiciones a una cátedra de Historia y el tribunal le propuso junto a otros dos candidatos para ocupar la plaza pero, como

Costa sabía que no se la darían, renunció a la terna y siguió haciendo oposiciones con el mismo resultado.

Él solo se preguntaba y se contestaba:

-¿Qué otro camino se me abre? ¡Ninguno que sea de razón!
 Trabajó en la Institución Libre de Enseñanza dando clases, editando revistas, organizando excursiones...

Y sacó plaza de Oficial Letrado con mucho pundonor y los esfuerzos habituales:

—¡Cuánto trabajo para edificar un solo peldaño de la escala infinita! En 1877 decidió ocupar la plaza que quedaba libre en Huesca, porque había conocido a una señorita de allí, que le hacía tilín y que se llamaba Concepción Casas.



La señorita Concepción era hija de un médico ultramontano.

Todo Huesca sabía que Costa era krausista y había trabajado en la Institución Libre de Enseñanza pero, enamorado como un adolescente, intentó convencer a la familia de su amada de que era más papista que el Papa y un hombre de mundo que hasta estrenaba traje para ir al teatro. Su amigo y maestro, Giner de los Ríos, le reprochó tan poco pundonor.

 Vd. no es un hombre, es una categoría –respondió Costa, pero yo amo tanto a Concepción que todo me parece perdonable.

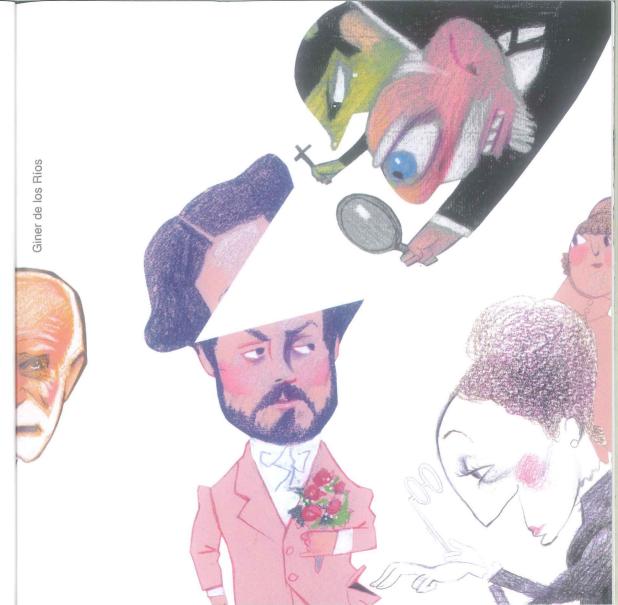
De nada le sirvieron sus triquiñuelas: para el padre de la novia seguía siendo demasiado liberal y para la madre, demasiado pobre. Así que la familia fue tajante y cortó por lo sano. Costa, bajo el balcón de su amada, lloraba a moco tendido:

-¡Adiós, mujer, adiós para siempre, adiós!

También lloró por haberse gastado las pocas perras que tenía en comprarse un traje nuevo, en lugar de ayudar a sus pobres padres, que se habían arruinado para que él estudiase.

Se volvió a Madrid, dispuesto a centrarse en el trabajo, se colegió como abogado y entró de pasante en el despacho de don Gabriel Rodríguez.

Y ya no paró de participar en congresos, de dar conferencias sobre jurisprudencia, agricultura o aranceles y de escribir libros y libros, sobre todo de Derecho, que era lo que más le gustaba.



Costa había hecho muchas excursiones por el Pirineo y aprovechó para estudiar las lenguas de sus valles y recopilar cuentos, refranes y adivinanzas. Muchas de ellas se las pasó a don Antonio Machado, padre, para que las incluyera en su *Colección de enigmas y adivinanzas*, pero el buen señor, que era un poco timorato, las cambió casi todas, ruborizado por las picardías que decían.

Por su parte, Costa aprovechó el material recopilado para escribir una curiosa *Introducción a un tratado de política textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península.*

Mientras tanto, tuvo relaciones con Isabel Palacín, viuda de su amigo y protector Vergnes, y el 2 de enero de 1883 les nació una niña a la que llamaron Pilar, porque el cura se negó a ponerle Antígone como quería su padre. Durante un tiempo, vivieron los tres juntos en buena armonía. Costa estaba encantado con su hija, le contaba los cuentos de las tres gallinicas de Graus, la Pintadica, la Papudica y la Moñudica, y le hacía unos belenes preciosos. Pero luego empezaban a cantar villancicos y se ponía como una fiera porque la pobre niña desafinaba. Y es que Costa quería que su hija fuese la mejor en todo:

—¡Por los clavos de Cristo, déjese de postalerías y busque entretenimiento en el estudio! —le aconsejaba cariñosamente.

Al poco tiempo, la familia se rompió, la niña se fue con su madre y Costa conservó la costumbre de llevar caramelos en los bolsillos.



Para olvidar sus propias penas, Costa se dolía de las penas de España, de la pérdida de las colonias ultramarinas y de su poca presencia en la colonización de África. Se apuntó a la Sociedad de Africanistas y Colonistas, que más tarde se convirtió en la Sociedad Geográfica Española, y estudió cómo debían comportarse los exploradores y los explotadores para que los franceses y los ingleses no se comieran el terreno colonial de los españoles. Por otro lado, apoyó la cruzada de Labra para terminar de una vez por todas con la esclavitud porque le parecía una auténtica vergüenza.

En 1885 le propusieron dirigir la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil* con un sueldo de 5.000 pesetas al año pero, regateando, regateando, consiguió que se lo dejaran en 3.000. Figuraba como director pero se escribía casi toda la revista él solo.

Costa empezó a tener algunos reconocimientos a su pundonor por parte de la Academia de Historia y de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y, aun así, no paraba de quejarse:

-Pero, ¡insensato de mí! ¿De qué me quejo?

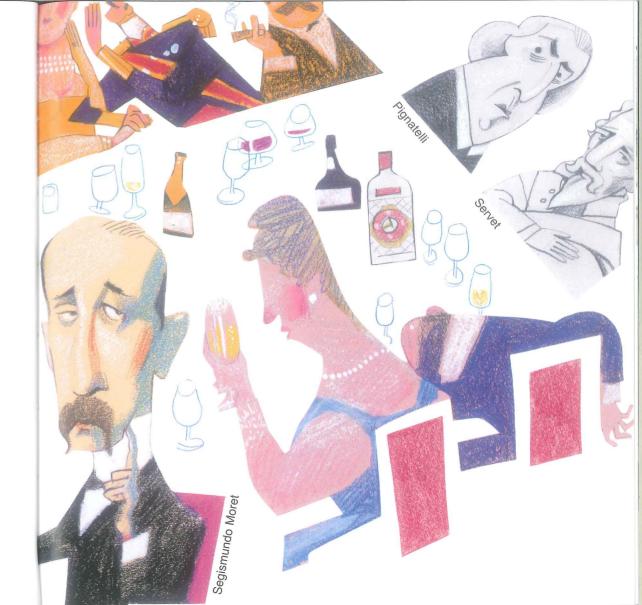
Cansado de su trabajo de pasante, en 1888 aprobó las oposiciones a Notariado con sobresaliente y montó despacho en Granada, primero, y en Jaén, después. Quiso ir de notario a Graus pero, como tantas otras veces, no le dejaron. Esta vez, con la excusa de que tenía más categoría que sus contrincantes.



Pese a ello, se quedó en su pueblo trabajando como abogado y creó la Liga de Contribuyentes Ribagorzana, que más tarde se convirtió en la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Se presentó a las elecciones municipales de1893 y no salió elegido.

Costa fue invitado a la inauguración de la Facultad de Medicina de Zaragoza y Moret se empeñó en que hablase. Costa empezó a improvisar una hipotética conversación entre Servet, hablando de la circulación de la sangre, y Pignatelli, hablando de la circulación de las aguas, pero los comensales, que a esas alturas del banquete estaban más atentos a la circulación de las botellas, reanudaron sus conversaciones de sobremesa hasta que Costa cortó su discurso en seco y comenzó otro distinto sobre la opinión que tenía de la educación de los distinguidos comensales. Fue un escándalo.

En 1894 Costa se instaló como notario en Madrid, gracias a las ayudas de los amigos. Vivía con su hermano Tomás y un *maître d'hotel* muy costista que se ocupaba de la casa. Como su pundonor no le permitía hacerse rico, Costa intentó ejercer de notario limitándose a ganar lo suficiente para la «congrua sustentación» y para liquidar las deudas que tenía pendientes. Costa veía, por ejemplo, que le correspondía cobrar 2.500 pesetas por un testamento y, escandalizado, cobraba sólo 1.000 e intentaba reformar toda la carrera para que los notarios ganaran mucho menos. Los notarios, claro, se acordaban de su pundonor y del de toda su familia.





Cuando le llegaba una escritura con la que podía vivir todo el mes, gastando tres o cuatro pesetas diarias, se encerraba a escribir sus libros hasta que se quedaba apopléjico. Y si ya estaba muy metido en faena, mandaba a sus clientes a otro notario para que le dejasen en paz. Luego, a la hora de publicar todo lo que había escrito, resulta que no tenía dinero y tenía que recurrir de nuevo a los amigos.

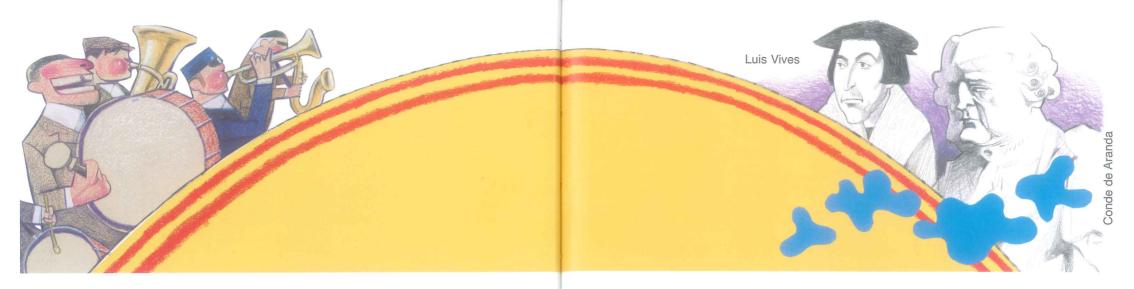
El caso más famoso del que se ocupó y en el que más tiempo, energías y dinero gastó, fue el de La Solana.

Un rico hacendado dejó sus tierras al pueblo de La Solana, en la provincia de Ciudad Real, y nombró a tres curas como albaceas. El administrador de las fincas, heredero universal del hacendado, quiso

quedárselas para él, pero Costa, contratado por los tres curas, ganó el pleito y las tierras siguieron siendo del pueblo.

Años más tarde, para pagarle un favor, los tres curas vendieron las tierras al obispo por cuatro perras y Costa actuó contra ellos considerando que no podían vender unas tierras que no eran suyas. Los curas, para despistar, respondieron insinuando que Costa pretendía hacerse rico con el caso. Para callarles la boca, renunció a cobrar sus honorarios y acabó ganando el pleito tras un montón de años en los que perdió la poca salud que le quedaba en el cuerpo, la poca fe que tenía en la Iglesia y unas 750.000 pesetas de la época. Si le preguntaban por qué se lo había tomado tan a pecho, respondía pundonoroso:

-Por el ansia natural de consumar la humillación del cacique.



En 1895 participó en la campaña electoral pero no salió elegido. El cacique de Monzón llegó a mandar una banda de música para que tocara mientras Costa pronunciaba sus discursos.

—Huesca es la más cobarde, la más demente y la más desagradecida de las provincias españolas, pródiga para sus asesinos, despreciadora de sus hijos ilustres... ¡Barbastro y Graus son dos oasis en un desierto enemigo! —recordaba más tarde Costa sin acritud.

En 1898 publicó *Colectivismo agrario en España*. El libro es una recopilación de toda la doctrina colectivista española, desde Juan Luis Vives al Conde de Aranda, incluyendo otros autores más modernos y menos conocidos, que mostraba todo un camino histórico a seguir para acabar con el sistema caciquil de la época.

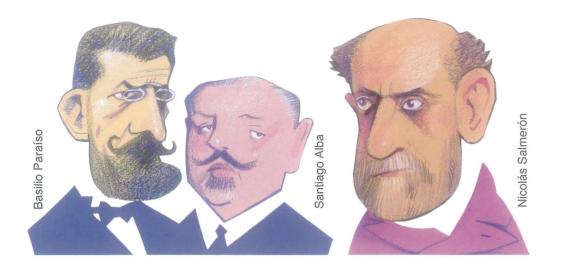
Costa presentó su libro al Premio de la Real Academia de la Historia pero al jurado le pareció demasiado revolucionario y premiaron al director de *La Juventud Católica* por un libro sobre *Cuéllar*.

Costa estudiaba siempre todo con el mismo rigor. Había buscado soluciones para los múltiples problemas que tenía España pero, aunque alguna vez le propusieron ser ministro, él pretendía hacer su propia revolución dentro de un orden y no estaba dispuesto a codearse con políticos tan corruptos como los de su tiempo.

Pero, tras el Desastre de 1898, ya no aguantaba más:

—¡Que la chusma de irresponsables corriera a consolarse de lo de Santiago de Cuba en la plaza de toros...! –alucinaba.

Y se animó a crear la Unión Nacional con Paraíso y Alba.



Para ello, redujo su ambicioso proyecto político a tres puntos mínimos que pudiera asumir la mayoría:

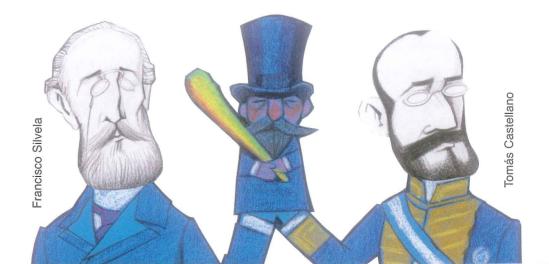
 Hacer libre al pueblo español, elevar su cultura a través de la educación y crear una disciplina social que a todos obligue y a todos alcance.

Aunque fueron aceptados por sus aliados, sus estrategias nunca llegaron a coincidir. Si Costa decía que había que crear un partido, los otros decían que con una liga era suficiente; si decía que el momento aconsejaba la máxima prudencia, ellos decidían convocar una huelga de contribuyentes que acababa fracasando; unas veces no le hacían caso y otras había bofetadas por ver quién mandaba más que él...

Aburrido de tantos rifirrafes, se separó de Unión Nacional e ingresó en Unión Republicana donde, al poco tiempo, empezaron a enzurizarle para que le quitara el puesto a Salmerón, que era el jefe.

En 1901 publicó *Oligarquía y caciquismo como la forma actual del gobierno en España*, una encuesta que dirigió desde el Ateneo de Madrid y a la que contestaron intelectuales de la talla de Unamuno, Ramón y Cajal, Pardo Bazán y Azcárate. Costa decía:

—Oligarcas (llamados primates, prohombres o notables), caciques (de primero, segundo o ulterior grado) y gobernador civil (que les sirve de órgano de comunicación y de instrumento). A esto se reduce fundamentalmente todo el artificio bajo cuya pesadumbre gime rendida y postrada la Nación.



En 1902 publicó *Derecho consuetudinario y economía popular en España* en colaboración con otros prestigiosos intelectuales.

Costa recogía las enseñanzas del derecho popular aragonés, igual que recogía sus adivinanzas populares, y proponía una reforma del Código civil español inspirada por la libertad:

—La libertad civil y la libertad política se corresponden como la voz y el eco: es contubernio nefando y no legítimo conyugio el que forman constituciones políticas cimentadas en la soberanía popular y códigos civiles opresores.

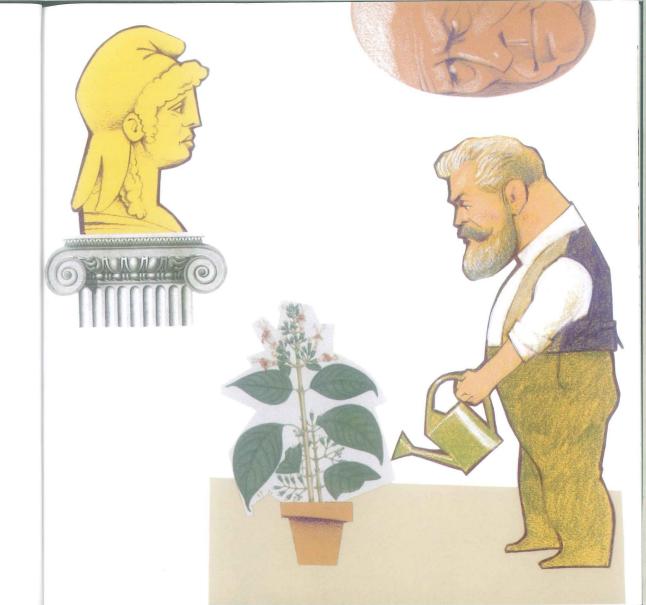
En 1903, aunque Costa se encontraba ya muy mal, se presentó a las elecciones y fue elegido diputado. Pero cuando se dio cuenta de que ya no podía ni subir al escaño, dimitió y se retiró a Graus.

La gente, sin embargo, pensó que se le había subido el pundonor a la cabeza porque, cuanto peor estaba, más estirado parecía.

Al cabo de dos años, haciendo un esfuerzo descomunal, volvió a presentarse como candidato a Cortes por Zaragoza. Aprovechando que estaban en vísperas de celebrar el Centenario de los Sitios, se preguntó en un discurso sobre lo que quedaba de aquellas glorias y se respondió a sí mismo:

—En menos de una generación, 80.000 aragoneses han pasado el Pirineo para ir a pedir un jornal o una limosna a los nietos de los mariscales Lefevre y Lannes, los sitiadores de Zaragoza.

No salió elegido.



Precisamente estaba Costa en la capital aragonesa cuando apareció un artículo en el *Diario de Zaragoza*, criticando lo que supuestamente había cobrado por el famoso pleito de La Solana. Como se daba la coincidencia de que también estaba allí el obispo de Ciudad Real, Costa ató cabos y envió dos amigos a buscarlo:

Pero, ¡si son las dos de la madrugada! -dijeron los dos amigos.
 Costa se los quedó mirando y ellos se miraron entre sí:

-¡Hala, pues! -exclamaron, saliendo a toda prisa.

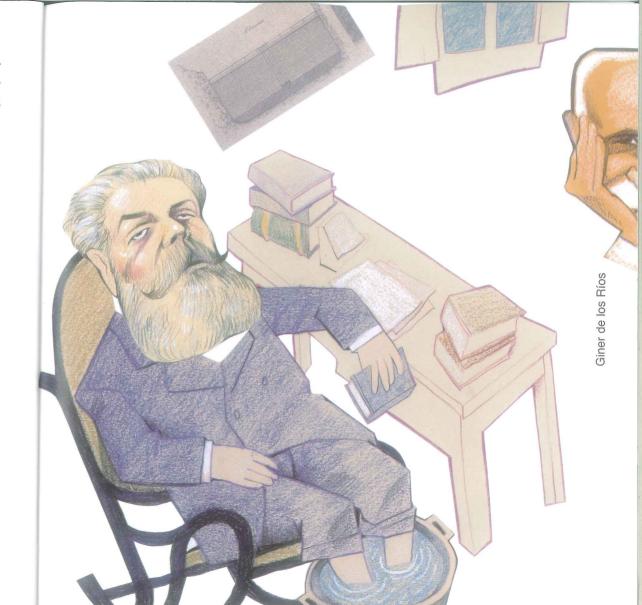
A las tres ya estaban de vuelta con el señor obispo quien, muy ceremonioso, firmó el escrito que había preparado Costa, negando tajantemente todas las calumnias aparecidas en el dichoso artículo. Además de firmarlo, el señor obispo lo llevó personalmente a los talleres de *El Noticiero*. Al día siguiente, Costa fue a ver al director del *Diario de Zaragoza*, pero no llegó la sangre al río.

De nuevo en Graus, hacía balance de su vida:

Fracasé; ha fracasado el republicanismo; ha fracasado España.
 Y no me cumple ya más... sino llorar los años de vida perdidos en perseguir una utopía: la resurrección de un cadáver putrefacto.

Cansado de quejarse de España y de sí mismo todo el rato, la emprendía también con los amigos:

—A Giner, el no ser pobre le ha incapacitado para dar al elemento económico el primer lugar, para ver en él, y no en pedagogías abstractas, la condición primordial para una vida sana y honrada.



En 1910 se había quedado casi paralítico y se había abandonado de tal forma que su médico decía:

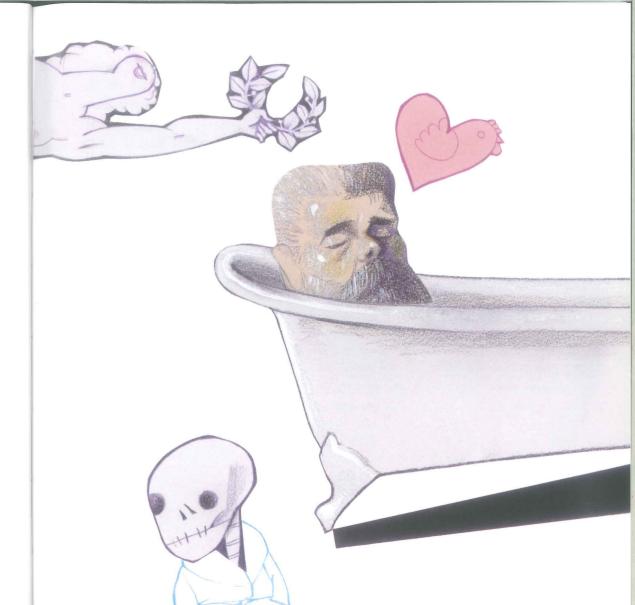
-Es un hombre que no come, no duerme, no vive, en una palabra.

Pero es que Costa llevaba muchos años viviendo en ese desorden: Se acostaba y se levantaba a la hora que le daba la gana, comía cuando se acordaba y se vestía si tenía frío porque, con el calor, no soportaba la ropa. Lo que no hacía nunca era dejar de trabajar en una novela, *Soter*, que iba a ser su testamento; en sus escritos sobre política hidráulica o contestando a los cientos de cartas que recibía.

En la fría madrugada del 8 de febrero de 1911, tras preguntar si había llegado su hija, Costa pidió que le llevaran a la bañera.

-Ya sudo -dijo antes de morir.

Costa quería ser enterrado en Las Forcas, en Graus, pero sus numerosos admiradores decidieron trasladarle al Panteón de Hombres Ilustres de Madrid. De Graus a Barbastro, la gente salía a la carretera para rendirle un último homenaje. En Barbastro lo subieron al tren para Ilevarlo a Madrid pero, al Ilegar a Zaragoza, los republicanos se plantaron en medio de la vía para que su cuerpo quedase en Aragón. El gobierno monárquico, que no quería que al Ilegar Costa a la capital se armase la marimorena republicana, dejó que la gente se saliera con la suya en Zaragoza y Costa fue enterrado en el cementerio de Torrero.



Inmediatamente se decidió levantarle un mausoleo bien grande. De todos los proyectados, el de Dionisio Lasuén era el colmo de la exageración: pretendía esculpir el busto de Costa en el Moncayo, tan grande que pudiera verse perfectamente desde Zaragoza. Justificaba el desaguisado paisajístico por el deseo de Costa de ser enterrado en plena naturaleza. Al final, todo quedó en una montañita artificial, levantada en el cementerio de Torrero, sobre la que se alza el busto de Costa y un templete griego. En una lápida, se lee:

ARAGÓN A JOAQUÍN COSTA/ NUEVO MOISÉS/ DE UNA ESPAÑA EN ÉXODO/ CON LA VARA DE SU VERBO INFLAMADO/ ALUMBRÓ LA FUENTE DE LAS AGUAS VIVAS/ EN EL DESIERTO ESTÉRIL/ CONCIBIÓ LEYES PARA CONDUCIR A SU PUEBLO/ A LA TIERRA PROMETIDA/ NO LEGISLÓ/ MDCCCXLVI - MCMXI

El monumento más grande que se levantó, en el más amplio sentido de la palabra, fue el modernísimo Grupo Escolar «Joaquín Costa» de Zaragoza, construido por el arquitecto Miguel Ángel Navarro entre 1923 y 1929. El más recordado de sus directores, el costista Pedro Arnal Cavero, comentaba:

—A gentes de estrechez mental les hemos oído preguntar con cierto asombro si es verdad que los niños y niñas tendrán duchas, se bañarán y aprenderán a nadar. No debe sorprendernos oír esos asombros y aspavientos porque estamos rodeados de hidrófobos y de los que, si pueden, clavan los dientes.



Glosario

ababol Persona distraída, simple, abobada.

acritud Acrimonia: aspereza o desabrimiento en el carácter o en el trato.

albacea Persona encargada por el testador o por el juez de cumplir la última voluntad del finado, custodiando sus bienes y dándoles el destino que corresponde según la herencia.

apopléjico Perteneciente o relativo a la apoplejía. Suspensión más o menos completa de algunas funciones cerebrales, debida a hemorragia, obstrucción o compresión de una arteria del cerebro.

arancel Tarifa oficial que determina los derechos que se han de pagar en varios ramos, como el de costas judiciales, aduanas, ferrocarriles, etc.

bibliófilo Persona aficionada a las ediciones originales, más correctas o más raras de los libros.

cacique Persona que en una colectividad o grupo ejerce un poder abusivo.

carlista Partidario del carlismo. El carlismo era partidario del absolutismo.

colectivismo Doctrina que tiende a suprimir la propiedad particular, transferirla a la colectividad y confiar al Estado la distribución de la riqueza.

congrua sustentación Renta mínima de un oficio eclesiástico o civil o de una capellanía para poder sostener dignamente a su titular.

contubernio Alianza o liga vituperable.

conyugio Esta palabra no aparece en el diccionario de la RAE.

derecho consuetudinario El introducido por la costumbre.

hidrofobia Horror al agua, que suelen tener quienes han sido mordidos por animales rabiosos.

jurisprudencia Ciencia del derecho.

krausismo Filosofía que se funda en una conciliación entre el teísmo y el panteísmo, según la cual Dios, sin ser el mundo ni estar fuera de él, lo contiene en sí y de él trasciende.

liga Agrupación o concierto de individuos o colectividades humanas con algún designio común.

mausoleo Sepulcro magnífico y suntuoso.

monarquía Forma de gobierno en que el poder supremo corresponde con carácter vitalicio a un príncipe, designado generalmente según orden hereditario y a veces por elección.

nefando Indigno, torpe, de que no se puede hablar sin repugnancia u horror.

notario Funcionario público autorizado para dar fe de los contratos, testamentos y otros actos extrajudiciales, conforme a las leyes.

Oficial Letrado Abogado del Estado.

oligarquía Gobierno de pocos.

palingenesia Regeneración, renacimiento de los seres.

pasante El que pasa con un abogado y tiene la incumbencia de escribir lo que le dictare.

pundonor Estado en que la gente cree que consiste la honra, el honor o el crédito de alguien.

regeneracionismo Movimiento ideológico que se inició en España a fines del siglo XIX y que defendía la renovación de la vida política y social española.

serón Sera (espuerta grande) más larga que ancha, que sirve regularmente para carga de una caballería.

terna Conjunto de tres personas propuestas para que se designe de entre ellas la que haya de desempeñar un cargo o empleo.

timorato Tímido, indeciso, encogido.

ultramontano Partidario y defensor del más alto poder y amplias facultades del Papa.

utopía Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación.



Este librito se terminó de imprimir en vísperas del primer centenario de la muerte de Joaquín Costa.







